

Discurso del Presidente de la República en ante la Asamblea General de Naciones Unidas

INTERVENCIÓN DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CHILE,
RICARDO LAGOS, EN LA CUMBRE DEL MILENIO DE LAS NACIONES
UNIDAS

NUEVA YORK, 6 de septiembre de 2000

Vengo de Chile. Del extremo sur de América. De lo que se ha llamado el fin del mundo. Vengo de una patria de poetas, la tierra de Pablo Neruda, una tierra recién secada, recién fresca de flores, de polen, de argamasa. Vengo del nuevo mundo, de un mundo que no ha renunciado a los sueños de un futuro mejor.

De ahí vengo, a participar en nombre del pueblo de Chile en esta Cumbre del milenio de las Naciones Unidas, con la ilusión que juntos, todos los pueblos de la tierra, podamos hacer verdad nuestras esperanzas en este milenio que se inicia.

Porque venimos de un país separado del mundo por la tajante geografía, miramos con entusiasmo y optimismo la globalización, que nos conduce a todos a ser parte de un mismo tiempo y del mismo espacio.

Sabemos que esta es una revolución que abarca la economía, la tecnología, la política, la cultura y que afecta la vida diaria de todos los habitantes del planeta. Nosotros en el Sur del mundo no tenemos miedo a esta gran transformación. Muy por el contrario, la miramos con ojos llenos de esperanza.

En poco más de diez años, en mi país hemos logrado duplicar el tamaño de la economía, reducir drásticamente la pobreza, consolidar nuestra democracia y crear una cultura de respeto a los derechos humanos, basada en la promoción de la verdad y el respeto a la justicia.

Quiero decirles que estos logros han estado ligados a nuestra inserción internacional, tanto en el plano regional como global. Hemos abierto nuestra economía, nuestras comunicaciones y nuestra cultura y estamos muy conformes de ello. El caso de Chile confirma que la globalización es una fuente de oportunidades para los pueblos de la tierra, especialmente en países pequeños y alejados de los flujos internacionales, como el nuestro.

La globalización implica responsabilidades y Chile las ha asumido sin vacilaciones. Prueba de ello es que nos hemos comprometido en las políticas de desarme; en las fuerzas de paz de Naciones Unidas; en el Tribunal Penal Internacional; en los estatutos regionales y universales para defender los derechos humanos y la democracia; en la lucha contra el racismo, la xenofobia y otras formas de discriminación; en la protección del medio ambiente; en la lucha contra el narcotráfico y el crimen transnacional organizado; y en la promoción del libre comercio a todos los niveles. Chile ha estado y seguirá presente en todos los frentes de la globalización.

Pero así como es fuente de oportunidades, la globalización puede originar agudas inequidades y graves riesgos. La crisis financiera internacional de los últimos años mostró la vulnerabilidad de nuestras naciones ante eventos que no originamos ni

podemos controlar. Hemos visto también cómo a nombre de la globalización se destruyen culturas locales y entornos ecológicos. Surgen situaciones de violencia, abusos de los derechos humanos y de guerra que la comunidad internacional aún no sabe prevenir o enfrentar. Y vemos con angustia como siguen ampliándose las desigualdades, al punto que ellas son la mayor amenaza a la nueva sociedad mundial.

Todo esto nos obliga a reflexionar sobre el curso que lleva la globalización y a tomar las medidas necesarias para gobernar su rumbo.

Pensamos que las formas en que nuestros países participen en la globalización determinarán los resultados para cada uno. Hay aquí una gran responsabilidad para nuestros pueblos y para nuestros gobiernos. Así como no debemos sufrir las injusticias en solitario o en silencio, tampoco debemos culpar a otros por lo que no hagamos.

Porque apostar a la globalización no significa aceptar la ley de la selva o la anarquía, renunciando a la capacidad humana de gobernar el mundo en que vivimos. La globalización no tendrá un rostro humano si no establecemos normas e instituciones globales capaces de regularla en sus distintos planos: financieros, tecnológicos, jurídicos, medioambientales, comerciales, etc.

Ningún mecanismo automático reducirá las desigualdades, la inestabilidad y las crisis que trae consigo la globalización. Se necesita de voluntad política; una voluntad que sólo puede nacer de los estados aquí reunidos. Y permítanme que agregue que dicha voluntad debe basarse en una perspectiva humanista: las personas deben estar siempre primero.

Pero hay otro error que debo mencionar, viniendo de un país pequeño que ha estado en la periferia del poder mundial. La definición de las normas e instituciones no puede ser adoptada por un grupo pequeño y exclusivo de naciones, dejando al margen al resto de los países.

Nuestros pueblos quieren ser ciudadanos del mundo global y no meros espectadores. La sociedad civil demandará ser un actor cada vez más importante en el mundo globalizado y por eso en Chile la consultamos en la preparación de esta Cumbre del Milenio. Por ello, en definitiva, buscamos crear espacios donde podamos participar todos en la definición del mundo que nace con este milenio. Chile apoyará toda iniciativa en este campo.

Naciones Unidas es el mejor lugar del mundo para señalar esta preocupación fundamental y para emprender esta tarea. Como depositaria de la esperanza de la humanidad, ella debe cumplir este deber moral. Para ello debe ser potenciada, en base a su Carta, su trayectoria, sus resoluciones y la encomiable labor de su Secretario General. El apoyo de Chile a sus tareas, del que estamos orgullosos, seguirá inalterable.

Señor Presidente, este es el mensaje que, a nombre de Chile, un país distante y pequeño, pero con un pueblo orgulloso y digno que no teme a los desafíos y que ha sabido recuperar su tradición democrática y encontrar el rumbo de la prosperidad, he venido a entregar a esta Cumbre del milenio de la esperanza.

Muchas gracias.